

Lavavajillas

*El amor te agota, se lleva consigo gran parte
de tu peso en sangre, azúcar y agua.
Eres como una casa que va perdiendo
lentamente la electricidad, los ventiladores
van más despacio, las luces disminuyen y
parpadean, los relojes se detienen y arrancan
y se detienen.*

LORRIE MOORE

I

Manhattan había agujereado el cerebro de Jane. Lo había hecho de una manera brutal y sencilla. ¡Lo había agujereado por completo! Jane imaginaba que, por las noches, su cerebro era llevado de manera secreta a una fábrica de coladores. Alguien lo arrojaba sobre una cinta transportadora y las máquinas se encargaban del resto. Pero no era esa la sensación que más afigía a Jane. Era la luz.

Sabes, le dijo Jane a Carrie, es la solidez del aire, de la luz, lo que no puedo digerir de las calles de Nueva York. Carrie la miró con desconcierto y le contestó: ¿La solidez? ¿A qué te refieres, Jane? No logro comprenderte. Y Jane suspiró, disgustada por la complaciente ingenuidad de su amiga. Oh, Jane, vamos, explícate. Siempre me confundes con tus frases extrañas y profundas. Jane la miró fijo y sonrió. No lo entenderías Carrie, es sólo una sensación. La sensación de que las cosas se rompen en gruesos fragmentos y no me dejan respirar. Bueno, déjame decirte algo Jane, eso no

es posible. Es un producto de tu imaginación cansada. Deberías ir al médico, Jane, escucha, te lo digo como tu amiga, ¿sabes? Luces agotada. Jane se odió por dejar que la conversación llegara a ese punto. Ahora sabía lo que le esperaba y para no escuchar a Carrie, prendió un cigarrillo. Oh, Dios mío, Jane, te he dicho tantas veces lo mismo. Deberías visitar al Doctor Wesselmann. Fue recomendado como uno de los mejores doctores en la última edición del *New Yorker*. Tenía cinco estrellas y un impecable gusto para los muebles de Fórmica. Vi fotos de su apartamento de la Quinta Avenida en la edición de junio de *Harper's Bazaar*. Y es muy atractivo, ¿sabes? Es viudo, Jane. Y Carrie le guiñó un ojo, como lo hacía siempre, y luego la miró en silencio, con una mirada que a Jane siempre la incomodaba porque pensaba que, por momentos, el cerebro de Carrie se quedaba sin pulso, sin ningún latido, totalmente silencioso. Jane le sirvió más limonada. Tienes razón Carrie, iré al médico. Y esa frase dio por concluida la velada. Carrie tomó sus cosas, se puso de pie, saludó a Jane desde lo alto con besos al aire, se dio media vuelta y se marchó.

Jane odiaba los besos en el aire de Carrie, y ahora que lo pensaba la odiaba a ella, odiaba a Carrie en su totalidad, pero no había logrado hacerle entender que no era bien recibida. Jane había intentado todo, pero Carrie era como una máquina social. Su única función era hacer pe-

queñas visitas a pequeñas personas para hacerles la vida más miserable y pequeña, y retirarse con besos en el aire. El ritual, por otra parte, siempre era el mismo. Carrie tocaba el timbre y entraba con una frase empezada, una frase extraída de alguna otra visita a alguna otra persona, como si el tiempo entre cada una de esas visitas se prolongara sin cortes aparentes: "...y la señora Hamilton rio y rio, sabes a qué me refiero, claro, era una lunática riendo, con ese moño con pintas rojas tan fuera de moda en la cabeza, y la gente la miraba con desaprobación, pero ella seguía riendo y no le importaba que el moño se deslizara a un costado, arruinando por completo el peinado. Y debería cuidar su aspecto, ¿sabes? Porque ahora que es una divorciada...". En este punto Carrie hacía un gran silencio, un silencio lleno de repulsión por la idea de que una persona, una mujer, hubiese tenido el mal juicio de destruir el artificio sagrado que es un matrimonio. Jane sabía que Carrie no la despreciaba del todo porque Jane era soltera y todavía había esperanzas para ella. Carrie se encargaría de guiarla en la buena senda del amor contractual. "...una divorciada, ¿comprendes, Jane?, ¿cómo se atreve a comportarse de esa manera?". Jane sólo atinaba a decirle "Hola, Carrie" y la seguía a la cocina, a la cocina de su casa, donde Carrie ya había tomado un plato hondo para los bocadillos "...y, dejame decirte algo, mi marido me dijo que la señora Hamilton,

simplemente, ha perdido la cabeza, ¿entiendes?". Jane creía que Carrie, además de una máquina social, era una máquina cobarde, porque siempre que tenía que hacer algún comentario negativo sobre alguien lo hacía citando a su marido. Jane lo imaginaba como a un pequeño engranaje dentro de la maquinaria social que era el mundo de Carrie. Jane sospechaba que el marido de Carrie era una tuerca o un tornillo sentado con una cerveza, mirando el juego entre los New York Yankees y los Boston Red Sox, mientras Carrie le hablaba y servía bocadillos a nadie, a una pieza más de la estructura metálica que era su vida. Sabía que el marido de Carrie jamás diría cosas como: "La señora Hamilton es una lunática" o "Carrie, tu amiga Jane luce poco favorable, le falta cierta chispa, ¿comprendes?, ese brillo que tienen las mujeres que saben lo que significa ser mujer. Tu amiga Jane es descolorida y por ese motivo está soltera". Pero sí lo imaginaba saliendo de la boca mecánica de Carrie. Sabía que esa frase había sido repetida a todos los pequeños individuos a los que Carrie hacía las visitas automáticas. Jane había optado por aceptarla como a otro aspecto inevitable y fastidioso de la vida, como se acepta a los insectos o a la carne congelada.

Jane se preguntó si no sería buena idea, después de todo, visitar al Doctor Wesselmann. Luego se miró en el espejo y suspiró. Tenía la piel crispada. Eso le daba un aire de mujer adulta, de

una mujer que sabe que la alegría y la juventud están sobrevaluadas y acepta las consecuencias de ese hecho. Prendió un cigarro y buscó el cenicero. Lo vio en la mesa. Se detuvo. Siempre lo hacía cuando localizaba algún objeto inmutable, pero vivo. Nadie podía asegurar con absoluta certeza que ese pedazo de cerámica con forma oval no estuviera vivo. Había algo, pequeños detalles, que siempre la hacían dudar. Le horrorizaban los rasgos monstruosos de lo cotidiano. Esas cosas que miramos, pero no vemos, de las cuales no conocemos la verdadera esencia. La luz proyectaba las sombras del montón de cigarros aplastados. Ese detalle les confería una entidad que Jane no estaba dispuesta a asumir. Hubiese querido que los cadáveres de los cigarros simplemente desaparecieran en el aire, en la luz. Pero nunca lo hacían y Jane aprendió a convivir con el miedo. Luego pensó en el colador que era su cerebro y se preguntó si era buena idea fumar. Imaginó al humo escapando por los huecos de la cabeza para luego transformarse en cristales opacos que volaran por el aire, acumulándose, hasta asfixiarla. Se rio con la imagen, pero su boca estaba estática.

Jane fue a la cocina y abrió el refrigerador. Podía descongelar el guiso de bistec. No le entusiasmaba la idea, pero prefería comer mirando *I love Lucy* y no ir al local de comidas rápidas donde los empleados la trataban como a una extraña. No podía entender cómo o por qué ocurría eso. Una de

las teorías era que las hormonas alocadas de los empleados adolescentes no les permitían memorizar los rostros de las personas que veían prácticamente todos los días. Por otra parte, a Jane le perturbaban las espinillas que los empleados tenían en la piel rosada, piel que le recordaba a la grasa de cerdo. Sabía que la sombra que las espinillas proyectaban era malsana y por ese motivo nunca los miraba de manera directa. Los empleados le parecían unos iguales a los otros. Una copia servil de sí mismos. No lograba distinguirlos, aun cuando se esforzara. Pero seguía yendo al local de comidas rápidas porque sabía, con absoluta certeza, que las patatas fritas que servían eran las mejores de la ciudad.

Fue al baño y se miró al espejo. Tenía pequeñas magulladuras en el rostro. No sabía de dónde habían salido. Pensó que las sombras de las cosas podían tener un impacto sobre los cuerpos, dejando marcas que nadie veía, excepto ella, porque ella reconocía el verdadero peso existencial de los objetos. Luego de este pensamiento, decidió visitar al Doctor Wesselmann, no porque sintiera que podía reparar los agujeros del cerebro o alivianar la sensación de sentirse estropeada, sino porque necesitaba que la conversación con Carrie diera un giro, necesitaba extirpar de las visitas la frase: “Oh, Dios mío Jane, te he dicho tantas veces lo mismo. Deberías visitar al Doctor Wesselmann”.

II

Jane telefoneó al consultorio del Doctor Wesselmann para concertar una cita. Cuando la secretaria le preguntó el motivo de la consulta, Jane sólo atinó a decir: Es por la luz. La secretaria hizo un silencio incómodo del otro lado del teléfono, y Jane se arrepintió de no haber pensado una razón convencional como dolores de estómago o jaquecas permanentes. La secretaria le dijo: Entonces, señora Rosenquist, ¿usted tiene problemas de visión? Jane quiso contestarle que no, pero le dijo: Sí, exacto, ese es mi problema. Y agregó: Soy señorita, no señora. Y concertó el horario de la cita.

Fue al cuarto y abrió el armario. Quería lucir bonita y eligió un conjunto que usaba para ocasiones especiales. Quería causar una buena impresión. Después de todo, el Doctor Wesselmann era viudo y ella era soltera. Le disgustó haber tenido ese pensamiento. Culpó a Carrie, a sus malditos bocadillos y a su influencia expansiva y perjudicial. Se sacó el conjunto con rabia y permaneció desnuda en el medio de la habitación, sin poder reaccionar. Se miró al espejo. Su belleza era evanescente. Con el correr de los años, se había transformado en una belleza leve, sin entidad. Era bonita, pero no del todo. Las pequeñas magulladuras hacían que se sintiera incómoda con su rostro y aplicara demasiado maquillaje a una piel que cada

día lo toleraba menos. Ella notaba como, de a poco, se le formaba una delgada capa de maquillaje acumulado. La capa tenía un tono amarillento, por momentos era grisáceo, pero prefería eso a las magulladuras. Sonó el teléfono:

—Hola.

—Jane, habla Sharon.

—Ah, hola madre.

—No soy madre, Jane, soy Sharon. ¿Cuántas veces tengo que pedirte que me llames Sharon?

—Hola, Sharon.

—Estoy en Hawaii.

—Ya lo sé, me telefoneaste la semana pasada.

—Billy está haciendo zancadillas en el descanso de la piscina. Estoy enamorada, Jane, deberías verlo. Es tan hermoso con su cabello negro y sus músculos relucientes.

—¿Qué pasó con Charly?

—¿Charly? ¿De quién hablas?

—De Charly estabas enamorada la semana pasada. Lo describiste como el mejor trasero de este bendito mundo. Esas fueron tus exactas palabras, madre.

—¡Ah, sí, claro! Sí, sí, sí, Charly. Me gusta más Billy. Tiene un auto descapotable y es más joven. Todas las mañanas me dice “Nena, eres mi pequeña princesa”.

—No imagina la edad que tienes, ¿verdad?

—No digas estupideces, Jane.

—Lo siento.

—Jane, escucha, cuida del dinero que nos ha dejado tu padre y no hagas locuras con él. Sabes que a tu padre no le hubiese gustado que lo malgastes.

—Papá está muerto. No puede opinar sobre el dinero que nos dejó.

—No te disgustes, Jane, simplemente no quiero que pasemos hambre.

—No estamos en guerra, madre, no pasaremos hambre.

—Pues sí, lo sé, Jane, pero yo no sabría qué hacer sin tu ayuda.

—Sabes muy bien que me dedico a invertir el dinero en negocios lucrativos. Tu viaje a Hawaii es la prueba de ello madre, Sharon.

—No hablemos de dinero, Jane, sabes que no me gusta. Me parece de mal gusto.

—¿De qué quieres hablar?

—¿Por qué no vienes a Hawaii y disfrutas de un trago en la playa? Aquí hay muchachos bonitos y bronceados.

—No me gustan las personas bronceadas. Llevan la piel muerta en el cuerpo.

—¡Dios mío, Jane! Siempre con esos comentarios tan poco favorables y extraños. ¿Sales con alguien?

—No.

—Me lo imaginaba. Tienes esa voz.

—¿Qué voz, madre?

—Sharon.

—¿Qué voz, Sharon?

—La voz que tienen las mujeres que están solas, Jane. Sabes bien a qué me refiero.

—No, no lo sé. Tengo que cortar. Disfruta de tu nueva adquisición.

—¿De qué hablas? No me he comprado nada.

—Sabes bien a qué me refiero, madre.

Y Jane cortó.

Se abrochó la bata y se recostó en el sillón. Buscó los cigarros, pero los había dejado en la habitación. Miró el techo. No recordaba los traseros de sus citas, ni siquiera el trasero del único novio que había tenido. Recordaba a John, un empleado que tomaba las fotografías para las credenciales. Tenía las manos pequeñas, manos de juguete. Olía a repollo. Intentó besarla en la segunda cita, después de llamarla Stella, aun cuando Jane le había dicho varias veces que ese no era su nombre. Recordaba la voz aguda de Bob, una voz de mujer afónica. La llevó a un restaurante italiano y ordenó pollo con ensalada, para compartir. Trabajaba en una fábrica de golosinas y durante el tiempo que duró la cita sólo habló de las distintas maneras de fabricar todas las variedades de golosinas existentes en el mercado, y sobre cómo generar todas las golosinas que no existían, pero que existirían en un futuro cercano porque él se encargaría de generar su existencia. Cuando Jane le preguntó por qué amaba tanto su trabajo (y la palabra existencia), él le contestó que no lo ama-

ba, pero que no podía hablar de otra cosa. Y recordaba a Mike, su novio. La había abandonado por una bailarina exótica que hablaba francés y trabajaba como bibliotecaria. Usaba perfume barato y llevaba un colgante con una cruz de oro. Jane siempre la consideró como a la principal representante de una asociación que podría llamarse "Devota Crueldad". Mike aborrecía las cruces, porque eran elementos de tortura, pero, aparentemente, no las aborrecía lo suficiente. Recordaba las cosas más ridículas, pero no los traseros.

Sonó el timbre. Jane sabía que era Carrie. Había atrancado la puerta porque sabía que Carrie pasaría en algún momento, con los bocadillos y los besos al aire. No se levantó. No tenía energías para Carrie y dejó que el timbre sonara. Como toda máquina, Carrie estaba programada para hacer visitas, y si no las hacía el engranaje interno comenzaría a oxidarse. Por ese motivo Carrie tocó el timbre durante cinco minutos, creyendo que, de esa manera, alguien reemplazaría a la ausente Jane y ella no tendría ningún conflicto con su programación interna. Jane disfrutaba del momento, disfrutaba de la única venganza que, de tanto en tanto, se podía permitir. Carrie no sabría qué hacer con el tiempo libre, con el tiempo sin visitas, y Jane se relamía de placer. Imaginaba la cabeza de Carrie en corto circuito, con humo de colores brotándole de las orejas y los ojos desorbitados girando sin parar.

Cuando Carrie se marchó, Jane volvió al cuarto.

Se miró al espejo. No sabía por qué no actuaba como una persona con dinero. No sabía por qué no podía utilizar los billetes que producía para ir al Centro Comercial y adquirir diez peceras con peces tropicales o la colección completa de muñecas de Shirley Temple o copas para prepararse martinis cerca de la piscina que no tenía, pero debería comprar. Y una mascota inservible. Un chihuahua. Lo llamaría Ralph. Y se vestirían, ella y Ralph, con conjuntos marineros y gorros haciendo juego. Eran las cosas que hacían las personas con dinero. Eran las cosas que hacía su madre, Sharon. Jane pensó que debería viajar a Honolulu y coleccionar las sombrillas de colores de los tragos que tomaría en la piscina, mientras su madre, Sharon, subastaría al muchacho más bronceado para entregárselo vestido de marinero, igual a Ralph. Pero no tenía energías para eso, realmente no las tenía. Y sabía por qué no tenía energías para el engendro de Shirley Temple o para muchachos con traseros de colección. Aborrecía a las personas con dinero. Pero lo seguía produciendo porque era la única manera de no pensar en las sombras de las cosas y en su cabeza con humo gris, congelándose en el espacio.

Se decidió por el conjunto negro. Era demasiado formal para asistir a una cita con un médico, pero le daba un aire de empresaria, de alguien

que ocupa el tiempo produciendo estadísticas y números complejos que nadie entiende, pero todos admirán. Se recogió el cabello con un lazo verde y eligió unos aretes dorados que hacían juego con el marco de los lentes. Parecía normal, parecía alguien que no opinaba que la luz de Manhattan le había agujereado el cerebro.

III

La secretaria la miraba de reojo. Jane se había sentado en la punta de la sala de espera con un libro que no leía, pero tenía abierto. Estaba demasiado nerviosa, y no podía pensar con claridad. Encendió un cigarro. Buscó el cenicero. Lo vio en la otra punta de la mesa. Era blanco, oval, estaba vivo. Se detuvo. Cerca había una planta y prefirió arrojar las cenizas ahí, para evitar tener que acercarse al cenicero. ¿Para qué había concertado la cita? La secretaria saboreaba una goma de mascar imitando el ritmo de las vacas, pero era joven, hermosa y estaba maquillada. El ritmo, en ella, era sensual. A Jane le hubiese gustado ser una empresaria con dinero capaz de reírse de mujeres como esa. Pero soy una empresaria con dinero, pensó Jane, simplemente no puedo ser un venado sensual. Esa era la imagen que Jane había elaborado a lo largo de los años, el prototipo que los hombres buscaban en las mujeres. Ser un venado

huérfano a merced de malvados cazadores y, al ser rescatada por un valiente joven con capa azulada, convertirse en Betty Boop cantando *Boop-Oop-A-Doop*. Jane siempre llegaba al mismo dilema. Los venados sensuales necesitan que las mantengan y protejan, pero ella tenía dinero suficiente y estaba asegurada contra todo. Vivía en un apartamento de ladrillos en Manhattan y tenía un seguro contra termitas. Por otra parte, consideraba que Betty Boop era deforme. Tenía macrocefalia. Jane había buscado la palabra en el diccionario. Una cabeza desproporcionadamente grande y una boca demasiado pequeña. Además, ¿qué quería decir *Boop-Oop-A-Doop*?

La vaca sensual atendió el teléfono. Sin pararse, dijo:

—El Doctor Wesselmann la espera. Haga el favor de pasar.

Jane no le contestó. ¿Haga el favor? Le pareció descortés. Guardó el libro, luego lo pensó, y lo sacó del bolso. Con el libro se sentía menos nerviosa.

El Doctor Wesselmann la recibió con una sonrisa.

—¿Señorita Rosenquist? Un gusto conocerla.

—Un placer.

—¿Está leyendo a Faulkner? Un libro excepcional, ¿sabe? Uno de mis favoritos.

Jane no pudo contestarle. Se sentó en silencio, apretando el libro en el pecho. El vestidoería

blanco, con pequeñas flores lilas. La iglesia la elegiría él, que era viudo. Tendrían dos niños, Benjy y Quentin. Luego una niña, Caddy. Aclararían que los nombres de sus hijos habían sido elegidos en honor al libro por el cual se habían enamorado. Las personas los mirarían admirados. Vivirían en las afueras de Manhattan en una casa con un gran parque con piscina donde Benjy tendría una casita en un árbol, Quentin se disfrazaría de cowboy y Caddy cabalgaría en un pony con motas negras. El le enseñaría a jugar golf, y ella prepararía pasteles de fresas y limonada para las tardes calurosas. Tendrían largas discusiones sobre el comportamiento poco feliz de su madre, de Sharon, y él siempre, dándole un beso, le diría: "Es sólo tu madre, amor, sabes cómo es", y reirían juntos.

—¿Se encuentra bien, señorita Rosenquist?

—Sí, claro, disculpe.

Ella le hubiese querido mostrar todas las anotaciones que había hecho al margen del libro de Faulkner, hablarle de todas las noches en las que deseó leerle párrafos enteros a alguien, a él, pero se quedó en silencio. Sintió que el rostro le ardía. Se alegró al recordar que la capa de maquillaje taparía la vergüenza.

—¿Qué la trae por aquí?

Benjy, Quentin y Caddy los despertarían los domingos con chocolate caliente y bizcochos amasados el día anterior. Caddy les mostraría dibujos, Benjy les hablaría sobre los nuevos insectos

que había descubierto en el parque y Quentin, con los cabellos revueltos, los escucharía con interés, sonriendo.

—Tengo problemas, creo que de visión.

—¿A qué se refiere específicamente? ¿Está perdiendo la visión?

Él sería su confidente, y al terminar la jornada ella lo esperaría con un vaso de cerveza helada, en el porche, y él le preguntaría: “¿Qué tal tu día, pequeña princesa?” y ella le contaría las andanzas de los niños, y cómo el humo gris había desaparecido por completo. Él la abrazaría y le diría: “Cuánto me alegra, nena. Eres mi nena, ¿sabes?”.

—No, no exactamente eso. Me ocurre algo extraño, quizás, así podría definirlo. Como algo extraño. Siento que Manhattan ha agujereado mi cerebro, y que las cosas están vivas.

—No le comprendo.

—¿Qué nos garantiza que ese ceníceros no esté vivo realmente? Le temo a las sombras que proyectan las cosas, además. Las sombras de las cosas impactan sobre mi rostro y dejan pequeñas magulladuras.

—Ajá.

Él nunca hubiese dicho “Ajá”, no cuando tenían tres hijos y un porche.

—Eso es lo que me sucede. Cuando fumo, mi cerebro se llena de humo gris, luego imagino que el humo escapa por los huecos de mi cerebro para transformarse en cristales opacos que vuelan por

el aire, acumulándose, hasta asfixiarme. Eso, y las sombras de los objetos. Y la sensación de que están vivos. Me siento... estropeada. Y es algo que no se arregla con unas vacaciones a Hawaii.

—Entiendo.

Pero no entendía. Jane apretó el libro.

—¿Probó tomando sedantes? Existe una droga muy efectiva que se llama Valium.

—No necesito drogas.

—Claro que no, es sólo una sugerencia.

—Sabe que Faulkner escribía en las calderas, porque ese fue uno de sus trabajos, cuidar calderas, y que fue piloto en la Real Fuerza Aérea Británica, y que realizó trabajos como pintor de techos y puertas, y que fue cartero en una universidad, y que...

—Sí, claro, por supuesto. Aquí tiene la receta de Valium. Por cualquier inconveniente telefonee a mi secretaria y pacte una nueva cita. Un gusto conocerla.

Pero no era un gusto con la suficiente fuerza para que Benjy fuera a la universidad, para que Quentin viajara por el mundo y para que Caddy se convirtiera en una cazadora de venados.

Jane se paró despacio. Tomó la receta y la dejó colgando de la mano. No sabía qué hacer con ella. Él la acompañó a la puerta y la despachó con un leve empujón en la espalda.

La secretaria le entregó la factura. Hizo un globo con la goma de mascar que le explotó en el

rostro. Miró al Doctor y sonrió. Como él no la estaba mirando, apoyó levemente su mano en el hombro del Doctor Wesselmann y movió las pestañas, diciendo: Lo siento, Doctor. Él le palmeó el trasero y se mordió los labios. Ella rió y le guiñó un ojo. Cuando el Doctor se había ido, la secretaria miró a Jane y murmuró: ¿Se le ofrece algo más? Lo dijo rumiando la goma de mascar al ritmo de *Boop-Oop-A-Doop*.

Jane se sintió como un ciervo herido, un ciervo que agonizaba en silencio.

IV

Salió del consultorio, fue directo al Centro Comercial y se compró el lavavajillas más grande, el más caro, el más inútil.

V

“...y todos comentan que la señora Hamilton fue vista con el señor Odelmburg. ¡La desfachatez de esa mujer! ¿Cómo se atreve? Es una recién divorciada. Una siempre debe mantener las formas, sobre todo si es una divorciada. Mi marido me dijo que es una golfa. Una mujer sin moral”. “Hola, Carrie”. Carrie sacó los bocadillos y los colocó en el plato hondo.

—¿Lavavajillas nuevo?

—Sí. Lo compré a la salida del consultorio.

—¿De qué consultorio?

—Del consultorio del Doctor Wesselmann.

Carrie se atragantó con un bocadillo. Comenzó a toser. Tomó un poco de limonada y gritó:

—¡Oh, Dios mío, Jane! ¿Cómo no me has telefoneado para decirme que visitaste al Doctor Wesselmann? Es tan seductor, tan atractivo, ¿no es cierto?

Los ojos de Carrie enloquecieron. Los abría y cerraba sin control. Luego comenzó a dar palmas-ditas. Las palmaditas de Carrie, pensó Jane, eran la versión vertical de los besos en el aire. Jane creyó que la máquina iba a colapsar. Lamentó que no lo hiciera.

—¿Cuándo cenan juntos?

—Nunca.

—¡Oh, Jane! Lo siento tanto. Al menos tienes tu lavavajillas, ¿no es cierto?

—Ajá.

—¿Te recetó algo para tus problemas de visión?

—Valium.

—¿No es una droga para...?

—¿Para?

—¿Locos?

—Sí, lo es.

Carrie se levantó, buscó sus cosas y se marchó. Jane jamás imaginó que las máquinas pudieran

sentir pánico. Qué lástima, pensó, no hubo besos en el aire.

Fue a la cocina. Dobló la receta del Valium y la introdujo en un vaso. Luego encendió el lavavajillas y colocó el vaso con la receta.

Buscó los cigarros y se dedicó a observar, extasiada, como se acumulaban en el aire infinidad de cristales de múltiples colores.